

FORMACIÓN SITUADA – ÁREA LENGUA

Entre el delito y la verdad: la literatura policial

*Dossier del ateneo El género policial
Ciclo básico del Nivel Secundario*

Autora: Fernanda Cano

01/01/2018

[Escriba aquí una descripción breve del documento. Normalmente, una descripción breve es un resumen corto del contenido del documento. Escriba aquí una descripción breve del documento. Normalmente, una descripción breve es un resumen corto del contenido del documento.]

Entre el delito y la verdad: la literatura policial

La intriga, la ansiedad propia de una intriga que pronto se va a develar, mantiene los ojos abiertos, la expectativa del lector en páginas que avanzan con rapidez, que se recorren con ansiedad. Hay un enigma, un crimen, un robo. Hay huellas, pistas y algunas claves. Hay cierta incertidumbre por comprender lo que se intuye de lejos, lo que se sospecha, por develar el desenlace de una trama que navega entre acertijos y persecuciones. Es el placer de la lectura de un género que supo hacer de la búsqueda del saber su motivo privilegiado: la literatura policial.

La inevitable sospecha, la búsqueda imprescindible: el origen del policial

Corre el siglo XIX. Las ciudades crecen y la población aumenta. Ya no se perciben individuos aislados, solitarios, sino grandes masas de personas que conviven, que se cruzan en las calles, que se entremezclan en un transporte público, en la intersección de dos avenidas, de dos calles, en una esquina. Cada uno apenas conoce a unas pocas personas que habitan su ciudad; el resto es una cantidad asombrosa de desconocidos, de extraños que circulan a la par, al lado. Cualquiera, entonces, puede escabullirse entre otros sin ser reconocido, cualquiera puede buscar la protección que supone entreverarse en una muchedumbre; cualquiera deja sus huellas al caminar. Desde el siglo XIX, en una ciudad, cualquiera es sospechoso.

Pero, también, deambulando en las mismas calles, alguien observa. Pasea, se deja capturar por la multitud, se entrega a ella a ojos abiertos. Mira a las personas, se detiene en los detalles, hasta en los más pequeños, los que parecen insignificantes. Observa las huellas que algunos dejan al caminar y los persigue. El camino parece trazado por otro, pero a él le corresponde averiguar de qué se trata. Frente a los múltiples sospechosos posibles, uno, sólo uno, descubre al culpable, devela la verdad.

Desde el siglo XIX, una ciudad es un escenario donde los enigmas son posibles. El delito se convierte en el tema; la muerte, el asesinato, en un conflicto a resolver: se asiste al origen del relato policial.

El anonimato y la multitud, el sospechoso y el culpable, la búsqueda y el hallazgo, el crimen y la resolución, la intriga y la verdad: el relato policial se entrama a partir de esas palabras, las asume y construye historias, crónicas, películas; escribe cuentos y novelas: produce literatura.

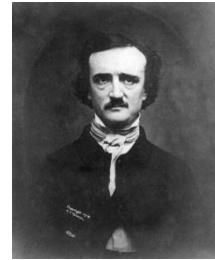


“La calle atronadora aullaba en torno mío”
Charles Baudelaire

Una breve historia del género policial

Tres cuentos del escritor norteamericano Edgar Allan Poe fundan el género policial: “Los crímenes de la calle Morgue”, “El misterio de Marie Roget” y “La carta robada”. Los tres se publicaron entre 1841 y 1843, y como la mayoría de los relatos del género, los lectores podían acceder a ellos a través de revistas de gran tirada o en ediciones económicas. Tan amplia fue la difusión en un público ávido e interesado por seguir esas historias, que pronto comenzó a considerarse al género como “literatura de masas” o “literatura popular”.

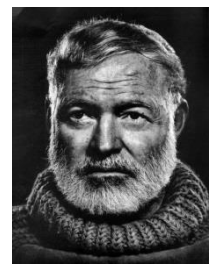
Si bien hasta ese momento existían historias que narraban un crimen, un robo u otro delito, aparece por primera vez el personaje del detective. El conflicto narrativo, ese desequilibrio inicial que todo relato ofrece, se presenta en estos cuentos como un caso a resolver: alguien ha cometido un delito –generalmente, un asesinato– y se ignora quién es el culpable. El caso, entonces, queda en manos de un investigador, un detective; la ciudad, con sus multitudes, será el escenario de los hechos.



Edgar Allan Poe
(1809-1849)

Al norteamericano Poe, lo sucederán los escritores ingleses Arthur Conan Doyle (1859-1930), con la novela *Un estudio en escarlata* (1887) y las famosas *Aventuras de Sherlock Holmes*; Gilbert K. Chesterton (1874-1936), con los cuentos de la serie *El candor del Padre Brown* y Agatha Christie (1891-1976). Estos cuentos y novelas serán reconocidas como un tipo específico dentro del género: **el policial de enigma**.

Durante el siglo XX, más precisamente en la década del '30, en los EE.UU., tiene lugar una crisis económica, producida por la caída de la bolsa de Wall Street. En el marco de esa crisis, se suceden una serie de huelgas y aumenta la desocupación. Crece la corrupción y aparecen los matones y los gánsteres. El crimen se convierte en un negocio, pues permite obtener importantes ganancias con rapidez y el delito se organiza en grupos mafiosos o bandas que obedecen a un jefe. La ciudad se ha convertido en un sitio hostil, la violencia rueda por las calles y el detective se sumerge en ellas. En ese contexto, los escritores relatan historias que denuncian esa realidad, muestran los hechos y los valores que caracterizan esa sociedad y la critican. Surge, entonces, un nuevo tipo de relato: **el policial negro**. El cuento “Los asesinos”, del norteamericano Ernst Hemingway se considera el inicio de este nuevo género. Otros autores de novelas y cuentos, comprendidos dentro del policial negro, son Dashiell Hammett (1894-1961) y Raymond Chandler (1888-1959).



Ernst Hemingway
(1899-1961)

En nuestro país, hasta las décadas del 40 y 50, la literatura policial goza de poco prestigio: se la relega como una literatura menor, consumida en su mayoría por lectores de clases populares. En 1945, cuando Jorge L. Borges y Adolfo Bioy Casares fundan la Colección *El Séptimo Círculo*, comienza a difundirse el género, centrándose en el policial de enigma. La primera antología de autores locales fue compilada en 1953 por el escritor Rodolfo Walsh: *Diez cuentos policiales argentinos*.

Del cuarto cerrado a la acción: el detective

El detective es el personaje central de la literatura policial. Es el que toma a su cargo el caso y lo resuelve; el que descifra el enigma, descubre al criminal y lo atrapa. Es el protagonista de la historia. Pero así como existen dos tipos básicos de relatos policiales, en cada uno, los detectives tienen sus características propias.

En el policial de enigma, el investigador es un personaje que puede ver más allá de todo y de todos: es inteligente y sagaz, es analítico y observador. Para él, el caso se presenta como un desafío, un reto. No saldrá a las calles a perseguir a nadie: escuchará testimonios, leerá los periódicos, examinará el lugar de los hechos buscando indicios. Es el jugador experto de los juegos de ingenio: le basta un cuarto cerrado y disponerse a pensar.

Un infaltable ayudante lo acompaña, una pareja que aporta la torpeza, la lentitud de pensamiento, pero que hace posible que el ingenio del detective brille. Este modelo de investigador (o investigador modelo) es **Sherlock Holmes**, siempre escoltado por Watson, en las narraciones de Arthur C. Doyle; es **el padre Brown** y su compañero Flambeau, en los relatos de Gilbert K. Chesterton; es **Auguste Dupin**, en los cuentos de Edgar Allan Poe.

En el policial negro, en cambio, el detective es parte de las calles, pertenece a ese mundo, lo conoce. Es el detective de la acción, el que persigue al delincuente, el que tropieza con la violencia y dispara; el que tarda en darse cuenta, el que se equivoca, el que se pierde, pero finalmente, a fuerza de recorrer callejones y encontrarse entremezclado en peleas, logra acceder a la verdad. Es **Philip Marlowe** de Raymond Chandler en *Adiós muñeca* o *El largo adiós*; es **Sam Spade** de Dashiell Hammett, en *Cosecha roja* o *El halcón maltés*.

Sherlock Holmes, según Conan Doyle

Estudio en Escarlata fue la primera novela en la que el personaje de Sherlock Holmes aparece. Fue publicada en 1887.

Así se describe al detective en sus primeras páginas:

“Su persona misma y su aspecto eran como para llamar la atención del observador más casual. En altura, sobrepasaba el metro ochenta y era tan excesivamente delgado que parecía ser mucho más alto. Tenía la mirada aguda y penetrante, (...) su nariz delgada y aguileña daba a toda su expresión un aire de viveza y decisión. También su barbilla señalaba al hombre resuelto, por lo prominente y cuadrada. Aunque sus manos mostraban invariablemente borrones de tinta y estaban manchadas por productos químicos, poseían una delicadeza de tacto extraordinaria”.



En Londres, en la Baker Street, se encuentra la estatua de Holmes. En 221b Baker St., funciona hoy el Museo Sherlock Holmes.

El caballero Auguste Dupin

“Dupin posee una fascinante destreza mental. Mediante un proceso de deducción, cuya sencillez resulta sorprendente una vez que se lo ha explicado, es capaz de seguir los rastros, hasta su fuente, del desarrollo de un incidente o la hilación de las ideas de otra persona. Por ese talento suyo la *gendarmérie* solicita su colaboración cuando está frente a casos, bastante frecuentes, que la dejan perpleja.

El primero de los casos de Dupin se conoce como *Los asesinatos de la calle Morgue*. En la casa donde viven en esa calle de París, se encuentran los cuerpos mutilados de Madame L’Espanaye y de su hija. El cadáver de la primera yace en el patio adoquinado del fondo del edificio. El de su hija, con la cabeza hacia abajo, en la chimenea del cuarto, a bastante elevación, como si hubiera sido empujado a través de la abertura. Las ventanas de la habitación están clavadas y la puerta inexplicablemente cerrada por dentro. El agudo examen de Dupin revela que una de las ventanas “clavadas” funciona en realidad con un resorte. Continuando con sus singulares métodos deductivos, va siguiendo la investigación hasta llegar al ‘asesino’...”.

Pate Janet (1978). *El libro de los detectives*. Buenos Aires: Huemul (1978: 10).

Cínico y pesimista: el detective Philip Marlowe

“Es un hombre listo, recio y cínico, aunque a veces preferiría no molestarse por ser ninguna de esas cosas. Conduce un Oldsmobile, fuma en pipa en determinados momentos, pero por lo general cigarrillos, que enciende con un Zippo o con un fósforo que raspa con la uña del pulgar (...). Prepara buen café y lo bebe con crema y azúcar o negro y amargo. Pesa unos 90 kilos y mide más de 1,80 m. De tanto en tanto, acepta una paliza, que puede dar o recibir como parte de su trabajo. Se crió entre armas (...). Cuando trabaja cobra 25 dólares por día más los gastos. Para vivir necesita estar empleado; cuando está empleado se recarga de trabajo y de ese modo no le queda mucho tiempo para vivir (...). Su conversación es lacónica y cortante, ocultando cualquier emoción bien bajo la superficie”.

Pate Janet (1978). *El libro de los detectives*. Buenos Aires: Huemul (1978: 131).

Viñetas y películas para un policial

En el mundo de las viñetas, una famosa historieta policial fue *Dick Tracy*, creada en 1931 por el norteamericano Chester Gould y publicada en el diario *Chicago Tribune*. Las historias del conocido defensor de la justicia fueron llevadas al cine en varias ocasiones.



Dick Tracy, la película dirigida por W. Berke en 1945.

El policial de enigma: el eterno misterio

En el policial de enigma –el relato policial de Edgar A. Poe o las novelas de A. Conan Doyle– el delito se presenta como un enigma: un misterio aparentemente inexplicable, un secreto que esconde dentro sí su propia clave, un acertijo. La solución no hay que ir a buscarla a otro lado: hay que saber leer las pistas, hay que distinguir las huellas, hay que anudar los indicios con inteligencia. El detective, el que sabe ver y por lo tanto descifrar, es el que puede lograrlo: el que averigua qué sucedió realmente. Si un sobretodo y una pipa lo caracterizan, la lupa –que suele acompañar muchas tapas de libros de la literatura policial– es el símbolo de esa actitud que se detiene en los detalles, que sabe observar, elaborar hipótesis y deducir qué sucedió.

El caso suele resultar inexplicable para la policía o los agentes que deben encargarse de él. Y reconociéndose incompetentes para develarlo, convocan al detective sagaz. El ejemplo más emblemático de enigma a resolver es un asesinato que tiene lugar en un cuarto cuyas puertas y ventanas se encuentran cerradas. Si hubo un asesino, ¿cómo logró escapar y cerrar el cuarto desde adentro? De ahí que los cuentos y novelas de enigma suelen denominarse como relatos “a puertas cerradas”.

La novela o el cuento se inician con una muerte o un delito que ya se ha cometido, pero que no se comprende. Nadie sabe cómo resolverlo. Se abre, entonces, la **historia de la investigación** y comienza el minucioso seguimiento del detective: el análisis de los pormenores que la policía le comunica, su propia lectura atenta de los hechos. Esa historia concluye, más adelante, cuando el investigador anuncia que ha resuelto el enigma y, por lo general, el resto de los personajes se dan cita para escucharlo. Entre ellos, casi siempre, estará presente el culpable.

Una vez que todos los personajes están reunidos, el detective expondrá su versión de los acontecimientos. El relato, entonces, vuelve atrás en el tiempo y, través de esa retrospectiva o analepsis, se narra la **historia del crimen**, esto es, se reconstruye el caso.

En ocasiones, haciendo gala de su ingenio, el detective explicará incluso los razonamientos falsos, las pistas que tuvo que descartar. Pero no se trata del descuido de mostrar los errores: es un modo de evidenciar la capacidad de descartarlos, de abandonar las pistas falsas, de sostener el razonamiento adecuado sabiendo elegir qué camino tomar. Y en la mayoría de los relatos, la narración quedará a cargo del compañero del detective, el fiel ayudante que lo acompaña durante el proceso de investigación.

Esos serán los rasgos principales que van a distinguir al policial de enigma: un delito que ya se ha cometido cuando el texto se inicia; una historia de la investigación, que narra la búsqueda de los indicios, de las pistas; una historia del crimen, que regresa al pasado para contar lo que ‘había sucedido antes’ y, así, presentar la resolución del caso.

Un personaje comete un delito → La policía convoca a un detective → El detective investiga el caso → Se resuelve el caso y se narra la historia del crimen/ el delito



Leer como detectives, seguir las pistas

Cuando comienza un relato policial, el lector conoce un delito que se ha cometido. A medida que se desarrolle la historia de la investigación, sigue de cerca las pistas que el detective va descubriendo: presta atención a los detalles, a las descripciones del escenario donde se produjo el delito, ya sea un robo o un asesinato; registra los datos temporales que ubican a los personajes en ciertos lugares o les ofrecen una coartada en la que ampararse. Así, va acumulando indicios y armando sus propias deducciones para identificar al culpable y, de ser posible, ganarle la partida al detective, esto es: resolver el caso antes de que el investigador presente la historia del crimen.

Para que el lector se entrene en el arte de descifrar los enigmas, resulta por demás productivo reconocer algunos rasgos que suelen repetirse en estos casos policiales literarios. La lectura sostenida del género permitirá acrecentar esos saberes y el lector –cualquier lector– podrá convertirse en detective.

- Cuando el relato se inicia y se presenta el delito cometido, algún personaje aparece como el más sospechoso de todos. Casi nunca es el culpable.
- A la inversa, el personaje que se presenta como el más inocente suele estar involucrado en el delito. Es más útil sospechar de los personajes cándidos.
- Uno o dos detalles, aparentemente triviales o insignificantes, suelen ser la clave para la resolución. Desde la primera línea del texto, conviene no perder de vista ningún detalle.

El Padre Brown, el inesperado detective

Los cuentos de la serie *El candor del padre Brown*, del inglés Gilbert K. Chesterton, también se enmarcan en el género del policial de enigma. En esos relatos, el detective es un cura católico que, en su tiempo libre, resuelve los casos policiales, motivado por indagar en la condición humana. Los cuentos se publicaron entre 1910 y 1935.

Las huellas dactilares, la fotografía: el anonimato nos abandona

Desde la Revolución francesa, se desarrollan una serie de controles que afectan a la vida de las personas. Las personas deben ser identificadas claramente y, para ello, se implementan medidas técnicas que permitan, por ejemplo, reconocer a una persona por su firma. La invención de la fotografía, para la criminalística, hace posible retener las huellas de un hombre.

Así, “las historias detectivescas surgen en el instante en que se asegura esta conquista, la más incisiva de todas, sobre el incógnito del hombre” (Benjamin, 1980). Se pretende que las personas, su identidad, dejen de ser un misterio: que nadie se oculte más.



En 1891, el policía argentino Juan Vucetich hizo las primeras fichas dactilares.

El policial negro: las peligrosas calles, la violenta noche

En los relatos del policial negro, el crimen (o los crímenes, pues en ocasiones se trata de una serie de delitos) suele ser violento, peligroso, conflictivo, tanto como la sociedad que se describe, corrupta y gobernada por leyes diferentes a las de la simple razón. El poder y el dinero tejen una compleja trama de intereses detrás de la cual crecen la mafia, las complicidades, las traiciones. El investigador, inmerso en las calles, se involucra, se expone: expone el cuerpo y resulta herido. No tiene otra opción, pues no investiga motivado por la curiosidad o dispuesto a ejercitar su inteligencia. Es su trabajo. La ciudad es, ahora, un campo minado; sobrevive el más fuerte, el que tiene más experiencia. La moral se enfrenta al dinero, y el crimen, a veces, se paga caro.

Cuando la acción comienza a rodar, el relato avanza a velocidad. Las novelas y cuentos del policial negro suelen progresar con rapidez: los diálogos abundan y la narración fluye. El lector ya no se detiene en razonamientos deductivos: la lectura corre paralela a la historia.

A diferencia del policial de enigma, la novela negra no relata dos historias, más bien las fusiona: la historia de la investigación sucede al mismo tiempo que la historia de los crímenes. Ya no se narra un delito o un crimen que ha sucedido antes de que comience el relato. El relato coincide con la acción.

El halcón maltés y *Cosecha roja* serán las novelas más famosas del norteamericano Dashiell Hammett, novelas en las que se presenta al detective Sam Spade. *El sueño eterno*, *El largo adiós* y *Adiós, muñeca*, las novelas de Raymond Chandler, con Philip Marlowe como protagonista.

De la Ley Seca a *Los intocables*

En enero de 1920, en los EE.UU, se sanciona la denominada “Ley seca”. La Ley seca (o Ley Vostead) prohibía la fabricación, el transporte y la venta de bebidas alcohólicas.

La prohibición provocó que comenzaran a prosperar los bares clandestinos y el contrabando ilegal. Las bandas organizadas de criminales y mafiosos controlarán ese submundo ilegal y se origina un período en el que la violencia rueda en las calles. Chicago será una famosa sede del contrabando de licor y el enfrentamiento diario de gánsteres. Entre los más renombrados, Al Capone –también conocido como Scarface, por la cicatriz en su cara– introducía ron desde Canadá.



Agentes que confiscan y desechan bebidas clandestinas.

El gobierno crea una agencia para hacer cumplir la ley y perseguir a los mafiosos y contrabandistas. Será Eliot Ness quien, finalmente, capture a Al Capone en la década del 30'. La acusación que lograron probarle: una ‘simple’ evasión de impuestos. Tal fue la popularidad de estos personajes que pasaron a la historia en series de televisión y versiones cinematográficas de *Los intocables*.

La Ley seca se deroga en 1933.

En nuestro país, el reconocimiento del género se hizo esperar. Recién en 1969, cuando el escritor argentino Ricardo Piglia publica y dirige la colección *Serie Negra*, comienzan a reeditarse novelas que, hasta entonces, sólo habían circulado en quioscos de diarios y revistas, o en ediciones económicas de escasa difusión.

La serie negra: una antología del policial negro

“¿Cómo definir ese género policial al que hemos convenido en llamar de la *serie negra* según el título de una colección francesa? A primera vista parece una especie híbrida, sin límites precisos, difícil de caracterizar, en la que es posible incluir los relatos más diversos. Basta leer *La jungla de asfalto* de Burnett, *¿Acaso no matan a los caballos?* de McCoy, *El cartero llama dos veces* de Cain, *El largo adiós* de Chandler o *La maldición de los Dain* de Hammett (citando solamente los mejores libros de los autores incluidos en esta antología) para comprender que es difícil encontrar aquello que los unifica (...).

Determinado, en el comienzo, por su diferencia con la policial clásica, el género encuentra allí, provisoriamente, su unidad. Así podemos empezar a analizar esos relatos por lo que no son: no son narraciones policiales clásicas, con enigma, y si se los lee desde esa óptica (como hace, por ejemplo, Jorge Luis Borges) son malas novelas policiales.

Lo que en principio une a los relatos de la serie negra y los diferencia de la policial clásica es un trabajo diferente con la determinación y la causalidad. La policial inglesa separa el crimen de su motivación social. El delito es tratado como un problema matemático y el crimen es siempre lo otro de la razón (...).

Los relatos de la serie negra (los *thriller* como los llaman en Estados Unidos) vienen justamente a narrar lo que excluye y censura la novela policial clásica. Ya no hay misterio alguno en la causalidad: asesinatos, robos, estafas, extorsiones, la cadena siempre es económica. El dinero que legisla la moral y sostiene la ley es la única razón de estos relatos donde todo se paga (...). Todo está corrompido y esa sociedad (y su ámbito privilegiado: la ciudad) es una jungla: “el autor realista de novelas policiales (escribe Chandler en *El simple arte de matar*) habla de un mundo en el que los *gángsters* pueden dirigir países; un mundo en el que un juez que tiene una bodega clandestina llena de alcohol puede enviar a la cárcel a un hombre apresado con una botella de whisky encima. Es un mundo que no huele bien, pero es el mundo en el que usted vive. No es extraño que un hombre sea asesinado pero es extraño que su muerte sea la marca de lo que llamamos civilización”.

(...) Así, mientras en la policial clásica todo se resuelve a partir de una secuencia lógica de hipótesis, deducciones con el detective inmóvil, representación pura de la inteligencia analítica (...), en la novela policial norteamericana parece haber otro criterio de verdad que la experiencia: el investigador se lanza, ciegamente, al encuentro de los hechos, se deja llevar por los acontecimientos y su investigación produce, fatalmente, nuevos crímenes. El desciframiento avanza de un crimen a otro; el lenguaje de la acción es narrado por el cuerpo y el detective, antes que descubrimientos, produce pruebas”.

Piglia, Ricardo (1979). “Introducción”. En: *Cuentos de la serie negra*. Buenos Aires: CEAL (fragmento).

El relato policial argentino

1942 es una fecha clave para el policial argentino. Ese año, Jorge Luis Borges publica el cuento “La muerte y la brújula” en la revista *Sur*. Y junto con A. Bioy Casares, *Seis problemas para don Isidro Parodi*, que firman con el seudónimo Honorio Bustos Domecq. Este último es un libro de relatos en los que el caso –siempre un enigma difícil de resolver– lo desentraña Isidro Parodi, un preso detenido en la cárcel por un crimen que no cometió. Las historias llevan al extremo la situación narrativa planteada en el policial de enigma: un “investigador” que, sin moverse de su celda, a partir de la minuciosa lectura de los datos que le ofrecen, es capaz de develar el misterioso y difícil caso.

Varios serán los escritores que exploren el género dentro de la variante del policial de enigma. El investigador argentino, el personaje local que se encargue de la resolución estará encarnado en **la figura del comisario**. Ya no será un atildado aristócrata como en el policial inglés. En nuestros ejemplos literarios, el comisario –casi siempre jubilado o ya retirado– se dará cita en un bar para recordar –y contar– un caso que supo resolver en el pasado a un periodista o a un escritor que lo escuchará con atención. Y el relato permitirá entrever la inteligencia práctica de un personaje que cuenta con experiencia y con cierta sensibilidad para conocer la naturaleza humana. Don Frutos Gómez, en los cuentos de Ayala Gauna, y Laurenzi, en los relatos de Rodolfo Walsh son ejemplos de esos comisarios.

La voz del comisario: el inicio de un cuento

“–Yo, a lo último, no servía para comisario –dijo Laurenzi, tomando el café que se le había enfriado–. Estaba viendo las cosas, y no quería verlas. Los problemas en que se mete la gente, y la manera que tiene de resolverlos, y la forma en que yo los habría resuelto. Eso, sobre todo. Vea, es mejor poner los zapatos sobre el escritorio, como en el biógrafo, que las propias ideas. Yo notaba que me iba poniendo flojo, y era porque quería pensar, ponerme en el lugar de los demás, hacerme cargo. Y así hice dos o tres macanas, hasta que me jubilé. Una de esas macanas es la que le voy a contar”.

Así comienza “En defensa propia”, uno de los cuentos policiales de Rodolfo Walsh.

Primero, en revistas; luego, en libros

Cuento para Tahúres y otros relatos policiales, recopila cuentos de Rodolfo Walsh, publicados en las revistas *Vea* y *Lea* y *Leoplán*, entre 1953 y 1961. Entre ellos, merece destacarse “Tres portugueses bajo un paraguas (sin contar el muerto)”, una verdadera joya de la literatura policial.



Rodolfo Walsh (1927-1977)

El crimen casi perfecto, de Roberto Arlt, reúne ocho cuentos publicados en las revistas *Mundo argentino* y *El hogar*, entre 1937 y 1940.



Roberto Arlt (1900-1942)

La primera antología de cuentos policiales argentinos

NOTICIA

“Hace diez años, en 1942, apareció el primer libro de cuentos policiales en castellano. Sus autores eran Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares. Se llamaba *Seis problemas para don Isidro Parodi* (Sur, 1942) y tenía el doble mérito de reunir una serie de plausibles argumentos, y de incorporar al vasto repertorio del género un personaje singular: un “detective” preso, cuyo encierro involuntario -y al parecer inmerecido- ponía de relieve la creciente tendencia de los autores policiales a imponerse un afortunado rigor y una severa limitación de los medios al alcance del investigador. Forzosamente despreocupado de indicios materiales y demás accesorios de las pesquisas corrientes, Parodi representa el triunfo de la inteligencia. El mismo año de 1942, Borges había escrito un cuento policial, “La muerte y la brújula”(1), que constituye el ideal del género (...). Estas obras junto con “Las nueve muertes del Padre Metri”, de J. del Rey, y “La espada dormida”, de Manuel Peyrou, son el comienzo de una producción que ha ido creciendo en cantidad y que quiere estar al nivel de la excelente calidad técnica de los iniciadores. Paralelamente a este desarrollo, se ha producido un cambio en la actitud del público: se admite ya la posibilidad de que Buenos Aires sea el escenario de una aventura policial. Cambio que puede juzgarse severamente a la luz de una crítica de la costumbres, pero que refleja con más sinceridad la realidad del ambiente y ofrece saludables perspectivas a la evolución de un género para el que los escritores argentinos me parecen singularmente dotados (...). Una prueba del interés que despierta el género fue el concurso organizado en 1950 por una conocida revista y una editorial locales. Se recibieron nada menos que ciento ochenta cuentos. (...) De los cuentos reunidos, unos se han publicado previamente en libro, otros en revistas, alguno es inédito. Todos —creo— presentan algún enfoque original, algún problema nuevo, alguna situación memorable. Y dos o tres —”El Jardín de Senderos que se bifurcan”, “La Playa Mágica”, “La Mosca de Oro”— añaden la excelencia del estilo que los convierte en verdaderas obras maestras”.

R. J. W.

Walsh, Rodolfo (1953). “Noticia”. En: Walsh, R. (comp.). *Diez cuentos policiales argentinos*. Buenos Aires, Hachette (fragmento).



Otros relatos del policial argentino

El perjurio de la nieve, de A. Bioy Casares (1944)

La noche repetida, de Manuel Peyrou (1953)

Rosaura a las diez, de Marco Deveni (1955)

Los casos de Don Frutos Gómez, de Velmiro Ayala Gauna (1955)

El caso de la muerte que telefona, de Adolfo Pérez Zelaschi (1966)

En la literatura argentina, algunos relatos del policial negro

En una suerte de homenaje al policial negro, en 1973, Osvaldo Soriano publica *Triste, solitario y final*, una novela en la que el mítico investigador Philip Marlowe será el protagonista. La novela también entremezcla el humor, pues el caso que debe resolver se presenta a través de Stan Laurel, el Flaco de la serie *Laurel y Hardy*, más conocida como *El Gordo y el Flaco*. Marlowe, ya en el ocaso de su carrera, recibe a Laurel para que averigüe por qué nadie lo convoca para trabajar.

Ese mismo año, Juan Carlos Martini, publica *El agua en los pulmones*, un policial negro cuya historia transcurre en la ciudad de Rosario. Y en 1983, Juan Sasturain escribe en forma de folletín *Manual de perdedores*. A través de entregas que se publicaban en el diario La Voz, el detective, Julio Argentino Etchenike, resolvía casos en el marco de la violenta dictadura.

Para los que deseen aventurarse en la escritura de relatos policiales

Recomendaciones de un escritor

“La novela policial debe ser efectuada con verosimilitud tanto en lo que concierne a la situación original como el desenlace. Debe consistir en acciones verosímiles de gente verosímil en circunstancias verosímiles (...). Esto excluye la mayor parte de los finales tramposos y las así llamadas “historias en círculo cerrado”, en las cuales el personaje menos probable es convertido violentamente en criminal sin convencer a nadie (...).

La historia de misterio debe ser técnicamente sólida en lo que respecta a métodos de asesinato y detección. Nada de venenos fantásticos o de efectos indebidos tal como muertes debidas a dosis inadecuadas, etc. Nada de silenciadores en los revólveres (no darán resultado porque la cámara y el tambor no son contiguos), nada de serpientes que trepen por cuerdas de campana. Si el detective es un policía entrenado debe actuar como tal, y poseer un equipo mental y físico adecuado a la tarea. Si es un investigador privado o un *amateur* debe tener conocimiento suficiente de los asuntos policiales de rutina como para no pasar por estúpido (...).

La novela policial debe tener una estructura lo esencialmente simple como para que ésta pueda explicarse con facilidad, si es que llega el caso. El desenlace ideal es aquel en que todo se hace claro en un fugaz relámpago de acción. (...) No es necesario que la explicación sea breve (salvo en el cine), y a menudo es imposible que lo sea. Lo que importa es que sea interesante en sí misma, algo que el lector esté ansioso por oír, no una historia nueva con una serie de personajes nuevos e irreconocibles, traídos de los pelos para justificar un argumento que hace agua. No tiene que ser simplemente una colección abrumadoramente larga de circunstancias minuciosas *que es imposible esperar que el lector recuerde*. No hay nada más difícil que administrar una explicación (...).

La teoría básica de toda obra policial es que, en algún punto de su desarrollo, un lector de suficiente agudeza podría cerrar el libro y develar la médula del desenlace”.

Raymond Chandler (1949). “Apuntes sobre la novela policíaca” (fragmento).

Bibliografía

- Benjamin, Walter (1980). *Poesía y capitalismo. Iluminaciones II*. Madrid: Taurus.
- Lafforgue, Jorge y Rivera Jorge (1977). *Asesinos de papel*. Buenos Aires: Calicanto.
- (1982). "Narrativa policial en la Argentina". En: *Historia de la literatura argentina*. Tomo 5. Buenos Aires: CEAL.
- Link, Daniel (1992) (comp.) *El juego de los cautos. La literatura policial: De Poe al caso Giubileo*. Buenos Aires: La Marca.
- Pate Janet (1978). *El libro de los detectives*. Buenos Aires: Huemul.
- Piglia, Ricardo (1979). "Introducción". En: *Cuentos de la serie negra*. Buenos Aires: CEAL.
- Rivera, Jorge (1986) (comp.) *El relato policial en la Argentina*. Buenos Aires: Eudeba.
- Todorov, Tzvetan (1974). "Tipología de la novela policial". En: *Revista Fausto*, año III, No.14, mar-abr, 1974.
- Walsh, Rodolfo (1953) (comp.). *Diez cuentos policiales argentinos*. Buenos Aires, Hachette.

Índice

La inevitable sospecha, la búsqueda imprescindible: el origen del policial

Una breve historia del género policial

Del cuarto cerrado a la acción: el detective

Sherlock Holmes, según Conan Doyle

El caballero Auguste Dupin

Cínico y pesimista: el detective Philip Marlowe

El policial de enigma: el eterno misterio

Leer como detectives: seguir las pistas

El policial negro: las peligrosas calles, la violenta noche

El relato policial argentino

La primera antología de cuentos policiales argentinos

En la literatura argentina, algunos relatos del policial negro

Para los que deseen aventurarse en la escritura de relatos policiales

Bibliografía

Listado de imágenes

Página 1. Ciudad

<https://pixabay.com/es/por-carretera-ciudad-pavimentado-949832/>

Página 2. Edgar A. Poe

<https://pixabay.com/es/retrato-edgar-allan-poe-1848-62996/>

Página 2. Hemingway

<https://pixabay.com/es/ernest-hemingway-autor-periodista-401493/>

Página 3. Estatua de Sherlock

<https://pixabay.com/es/londres-sherlock-holmes-244261/>

Página 4. Dick Tracy

[https://es.wikipedia.org/wiki/Dick_Tracy#/media/File:Dick_Tracy_\(1945\)_poster_1.JPG](https://es.wikipedia.org/wiki/Dick_Tracy#/media/File:Dick_Tracy_(1945)_poster_1.JPG)

Página 6. Huella digital

<https://pixabay.com/es/huella-digital-mark-1382652/>

Página 7. Ley seca

[https://es.wikipedia.org/wiki/Ley_seca_en_los_Estados_Unidos#/media/File:Prohibition_agents_destroying_barrels_of_alcohol_\(United_States,_prohibition_era\)_2.jpg](https://es.wikipedia.org/wiki/Ley_seca_en_los_Estados_Unidos#/media/File:Prohibition_agents_destroying_barrels_of_alcohol_(United_States,_prohibition_era)_2.jpg)

Página 9. Walsh y Arlt

https://es.wikipedia.org/wiki/Roberto_Arlt#/media/File:RobertoArlt.jpg

[https://es.wikipedia.org/wiki/Rodolfo_Walsh#/media/File:Rodolfo_Walsh_\(1927-1977\)_izquierda.JPG](https://es.wikipedia.org/wiki/Rodolfo_Walsh#/media/File:Rodolfo_Walsh_(1927-1977)_izquierda.JPG)

Página 10. Diez cuentos policiales

<http://www.peronlibros.com.ar/content/borges-jorge-l-y-otros-diez-cuentos-policiales-argentinos>